

PREGÓN DE NAVIDAD MONS. DON ANTONIO PRIETO LUCENA
Ayuntamiento de Alcalá de Henares
1 de diciembre de 2023

Excma. Sra. Alcaldesa, Sr. Concejal delegado de Fiestas y Tradiciones Populares, miembros de la corporación municipal, autoridades civiles y militares, amigos todos:

Agradezco sinceramente al Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares la deferencia que ha tenido al designarme pregonero de la Navidad 2023. Me siendo muy honrado por esta elección porque, a pesar de llevar solo unos meses en la diócesis complutense, me considero alcalafino de adopción. Para un obispo, su diócesis es como su esposa. El anillo episcopal es signo de este desposorio. Les confieso que yo me siento muy enamorado de mi esposa - ya no tengo ojos para otra - y cada día me esfuerzo en servirla lo mejor que puedo, aunque no tengo en esto mucho mérito, ya que la gente de Alcalá es realmente buena, y, con su acogida tan generosa, me lo está poniendo muy fácil.

Espero no defraudarles mucho como Obispo, ni tampoco como pregonero de la Navidad, que es el asunto que nos ocupa esta noche. En el capítulo 37 de El Quijote se dice que *“las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: Gloria sea en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”*. Así describe nuestro querido Cervantes la Navidad, como *“la noche que fue nuestro día”*, para todos los hombres de buena voluntad. Esta es la Navidad que yo quiero pregonar, una Navidad de luz y de amor, que llene nuestra vida de esperanza.

La Navidad es una fiesta entrañable, que hace brotar nuestros mejores sentimientos. En Navidad, nuestro corazón se ensancha y parece recibir una nueva capacidad para amar, más allá del egoísmo, del odio y del rencor. En este sentido, siempre debería ser Navidad. La Navidad es una fiesta de familia, de encuentro y de amistad, en la que tratamos de estrechar los lazos con los que están más lejos, y echamos muchísimo de menos a los que ya han partido hacia la Casa del Padre. Quizá por eso algunos lo pasan mal en Navidad, por la añoranza y la nostalgia de tantos seres queridos que ya no están con nosotros. A ellos quisiera transmitirles, desde el comienzo de mi pregón, una palabra de ánimo y de esperanza.

Pero esencialmente, la Navidad es una fiesta religiosa, en la que celebramos un hecho extraordinario e inaudito: el nacimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios, en el portal de Belén. Así lo narra la liturgia de la Iglesia:

Os anuncio, hermanos, una buena noticia,
una gran alegría para todo el pueblo;
escuchadla con corazón gozoso:
Habían pasado miles y miles de años
desde que, al principio, Dios creó el cielo y la tierra
y, asignándoles un progreso continuo a través de los tiempos,
quiso que las aguas produjeran un pulular de vivientes
y pájaros que volaran sobre la tierra.
Miles y miles de años,
desde el momento en que
Dios quiso que apareciera en la tierra el hombre,
hecho a su imagen y semejanza,
para que dominara las maravillas del mundo
y, al contemplar la grandeza de la creación,
alabara en todo momento al Creador.

Miles y miles de años,
durante los cuales los pensamientos del hombre,
inclinados siempre al mal,
llenaron el mundo de pecado hasta tal punto
que Dios decidió purificarlo,
con las aguas torrenciales del diluvio.
Hacia unos 2.000 años que Abraham, el padre de nuestra fe,
obediente a la voz de Dios,
se dirigió hacia una tierra desconocida
para dar origen al pueblo elegido.
Hacia unos 1.250 años que Moisés
hizo pasar a pie seco por el Mar Rojo
a los hijos de Abraham,
para que aquel pueblo, liberado de la esclavitud del Faraón,
fuera imagen de la familia de los bautizados.
Hacia unos 1.000 años que David, un sencillo pastor
que guardaba los rebaños de su padre Jesé,
fue ungido por el profeta Samuel,
como el gran rey de Israel.
Hacia unos 700 años que Israel,
que había reincidido continuamente en las infidelidades de sus padres
y por no hacer caso de los mensajeros que Dios le enviaba,
fue deportado por los caldeos a Babilonia.
Fue entonces, en medio de los sufrimientos del destierro,
cuando aprendió a esperar un Salvador
que lo librara de su esclavitud
y a desear aquel Mesías
que los profetas le habían anunciado
y que había de instaurar un nuevo orden de paz y de justicia,
de amor y de libertad.
Finalmente, durante la olimpiada 94,
el año 752 de la fundación de Roma,
el año 14 del reinado del emperador Augusto,
cuando en el mundo entero reinaba una Paz universal,
hace 2023 años,
en Belén de Judá, pueblo humilde de Israel,
ocupado entonces por los romanos,
en un pesebre, porque no tenía sitio en la posada,
de María virgen, esposa de José,
de la casa y familia de David,
nació Jesús,
Dios eterno, Hijo del Eterno Padre,
y hombre verdadero,
llamado Mesías y Cristo,
que es el Salvador que los hombres esperaban.
Él es la Palabra que ilumina a todo hombre,
por él fueron creadas al principio todas las cosas;
él, que es el camino, la verdad y la vida,
ha acampado, pues, entre nosotros.
Nosotros, los que creemos en él,
nos hemos reunido hoy en esta noche santa,
o mejor dicho, Dios nos ha reunido,
para celebrar con alegría
la solemnidad de Navidad,
y proclamar nuestra fe en Cristo, Salvador del mundo.

Hermanos, alegrémonos,
hagamos fiesta y celebremos la mejor noticia
de toda la historia de la humanidad.

Este hermoso pregón, llamado “Calenda”, nos revela que la Navidad no es una leyenda, fruto de la imaginación, sino un verdadero hecho histórico. Es como un compendio de la historia de la humanidad, que espera la salvación de Cristo. Se hace referencia a la creación del mundo y del hombre, como primer gesto del amor de Dios; después se alude a la historia del pueblo judío, que comienza con la promesa a Abraham. Una promesa tan fuerte, que supera el desastre del diluvio y la esclavitud de Egipto, concretándose en el éxodo hacia la tierra prometida, bajo la guía de Moisés. Al hacer referencia a las Olimpiadas de los griegos, a la creación de Roma y al emperador Augusto -como ejes que encuadran el acontecimiento del nacimiento de Jesús-, el texto nos está diciendo que la Navidad es para todos, para los griegos y para los romanos, para los creyentes y también para los no creyentes, que son interpelados por un hecho histórico tan sublime que trasciende la misma historia.

En la liturgia de la Iglesia, la “Calenda” o pregón de Navidad termina con una genuflexión de los fieles, signo de nuestra adoración a Dios; y la imagen del Niño Jesús, que hasta ese momento está tapada con un paño, es descubierta a la vista de todos ¡Comienza la Navidad, misterio insondable, Dios asume la realidad de nuestra carne!

La fe cristiana tiene una poderosísima capacidad de generar cultura, tradiciones, fiestas y costumbres. Ciertamente, una fe que no se hace cultura no es una fe madura. La fe tiene esta vocación de humanizar las culturas, abriéndolas al bien y a la verdad del hombre, en un proceso de inculturación que respeta, al mismo tiempo, los valores más auténticos y genuinos de cada cultura. La fe purifica sin destruir, enriquece sin suprimir nada de lo que es bueno, verdadero y bello. Pues bien, de todos los misterios de la fe cristiana, ninguno como la Navidad ha tenido tanta capacidad de generar tradiciones y cultura. La primera de estas expresiones artísticas y culturales es la que conocemos como “El Belén” o el “Nacimiento”.

El día 25 de diciembre de 1223, en la localidad de Greccio, en Italia, se recreó el primer Belén viviente de la historia. Fue una intuición de San Francisco de Asís. Caída la noche, un sacerdote celebró la Eucaristía, ante los frailes franciscanos y muchos campesinos de las granjas de la comarca. Un campesino hizo las veces de San José y una campesina representó a la Virgen María. En el pesebre, en lugar de colocar a un niño, San Francisco colocó la Sagrada Eucaristía, consagrada por el sacerdote. Las crónicas narran que todos los asistentes regresaron a sus casas llenos de alegría, con una alegría indescriptible, como nunca antes la habían experimentado.

Así nace nuestra hermosa tradición de instalar belenes en nuestros templos, en nuestras casas y en otros muchos lugares, cuando se acercan las fechas de Navidad. Hace algunos años, el Papa Francisco, señalaba que *“la enseñanza de San Francisco de Asís ha penetrado en los corazones de los cristianos y permanece hasta nuestros días como un modo genuino de representar con sencillez la belleza de nuestra fe”*¹. Y hoy, como ayer, nuestro corazón se llena de alegría, porque, en la sencillez del pesebre, descubrimos el amor de Dios que se hace hombre.

Es de justicia que felicitemos a la Asociación complutense de belenistas, por su encomiable trabajo, cargado de arte y dedicación, que nos ayuda a vivir mejor la Navidad. También es justo que felicitemos tantas iniciativas religiosas y culturales, que

¹ Francisco, *Admirabile signum*, n. 3.

se difunden estos días, como es caso del alumbrado del Excmo. Ayuntamiento, o la iniciativa “los Reyes en Palacio”, que organiza la Delegación de misiones de nuestra diócesis complutense.

El Belén, nos dice el Papa Francisco, es “*como un Evangelio vivo, que surge de las páginas de la Sagrada Escritura*”², por eso podemos aprender tantos valores espirituales que se esconden bajo estas hermosas representaciones plásticas de la Navidad. El Belén manifiesta la ternura de Dios, que se abaja hasta nuestra pequeñez. En Jesús, el Padre nos ha dado a un hermano, que viene a buscarnos cuando estamos desorientados y perdemos el rumbo. En el Belén, todo tiene significado para nosotros. El cielo estrellado en la oscuridad representa las grandes preguntas sobre el sentido de nuestra vida, que encuentran su respuesta en el Niño Dios. A veces, la gruta de Belén aparece situada junto a ruinas de casas y palacios, que representan todo lo que en nuestra vida está corrompido y deprimido. En este escenario, Jesús es la novedad en medio de un mundo viejo y caduco.

Los ángeles, la estrella y los Magos de Oriente son la señal de que también nosotros estamos llamados a ponernos en camino para llegar hasta la gruta, y allí adorar al Niño-Dios. En el Belén, aparece claramente la santidad en la vida ordinaria del pastor, del herrero, del panadero, de los músicos, de las mujeres que llevan jarras de agua, o de los niños que juegan. Es la santidad de hacer de manera extraordinaria lo cotidiano de todos los días. Los mendigos y la gente pobre que colocamos en nuestros belenes no desentonan en absoluto: los pobres son los privilegiados de este misterio, ya que no conocen otra abundancia que la del corazón, y, a menudo, son los más capaces para reconocer la presencia de Dios en medio de nosotros.

El corazón del pesebre comienza a palpitar cuando colocamos en él la imagen del Niño Jesús. Dios se presenta como un Niño, para ser recibido en nuestros brazos. Parece imposible, pero es así. En la debilidad y en la fragilidad de un Niño, Dios esconde su poder, que todo lo crea y todo lo transforma.

El palacio de Herodes está al fondo, cerrado, sordo al anuncio de la alegría. Es la tristeza de los que no reciben el misterio de la Navidad con corazón abierto. Como profetizó Isaías: “*El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento*” (Is 1,3). Tenemos mucho que aprender del buey y el asno de nuestros belenes. Ellos nos enseñan a estar cerca de Jesús, también en esta Navidad, y a reconocerlo como meta y guía de nuestra existencia. Animémonos a instalar belenes en nuestras casas y lugares de trabajo, son representaciones plásticas sencillas que nos hablan de la paz y la esperanza que tanto necesita nuestro mundo.

Otra gran expresión cultural de la Navidad son los villancicos. ¿Quién de nosotros no sería capaz de improvisar ahora mismo la letra de algún conocido villancico, que aprendimos en el seno de nuestra familia cuando éramos niños? Estoy seguro de que los demás podríamos seguir el canto con toda naturalidad. Existen villancicos adaptados a los más diversos estilos musicales. La Navidad está tan profundamente arraigada en el corazón del hombre, que puede cantarse en gregoriano, con melodías populares o regionales, y hasta con los compases modernos de Mariah Carey, aunque, lógicamente, haya un abismo de profundidad entre estas expresiones mencionadas.

Uno de los villancicos más conocidos y universales de la Navidad, traducido a muchísimas lenguas, es “Noche de paz”, que tiene su origen en Austria, en el siglo XIX.

² Ibid., n. 1.

Concretamente, en el año 1818, Joseph Mohr, párroco de la pequeña localidad tirolesa de Oberndorf, quiso felicitar la Navidad a sus feligreses componiendo la letra de una canción. El profesor de música de la escuela, Franz Gruber, puso la música. De esta manera, el nuevo villancico, “Stille Nacht” (literalmente, “noche silenciosa”), pudo ser interpretado, por primera vez, aquella Navidad.

“Noche de paz, noche de amor,
todo duerme alrededor.
Entre los astros, que esparcen su luz,
bella, anunciando al niño Jesús,
brilla la estrella de paz,
brilla la estrella de amor.
Noche de paz, noche de luz,
ha nacido Jesús.
Pastorcillos que oís anunciar,
no temáis cuando entréis a adorar.
Que ha nacido el amor.
Que ha nacido el amor.
Desde el pesebre del niño Jesús,
la tierra entera se llena de luz,
porque ha nacido Jesús,
entre canciones de amor”.

El propio párroco lo cantó, y el profesor de música de la escuela le acompañó con su guitarra. El nuevo villancico fue un éxito, los feligreses quedaron admirados. La letra y la música eran tan pegadizas que muy pronto el villancico se interpretó por todo el mundo, desde Leipzig hasta San Petesburgo, y desde París o Londres, hasta Nueva York.

El villancico “Noche de paz” fue protagonista de uno de los acontecimientos históricos más impresionantes, que ponen de manifiesto el misterio de la Navidad. Es lo que se conoce como “la tregua de la Navidad”. Nos situamos en diciembre de 1914, unos meses antes había comenzado la Primera Guerra Mundial. Los soldados alemanes batallaban contra el ejército aliado en los frentes de Bélgica y Francia. Las balas silbaban entre las trincheras, anegadas de agua y nieve, y cubiertas de cadáveres.

Pero llegó el día de Nochebuena y, al caer la noche, en varios puntos del frente occidental, los alemanes colocaron árboles iluminados en los parapetos de sus trincheras. Al ver aquellos árboles iluminados, que parecían árboles de Navidad, los aliados respondieron con un “alto el fuego” espontáneo: fue una inesperada “Tregua de Navidad” en plena Primera Guerra Mundial. Las descargas de los cañones y fusiles dieron paso a un tenso silencio que fue roto por una voz que entonó el villancico “Noche de paz”. Al poco tiempo, el conocido villancico era cantado por todos, en alemán y en inglés. Los soldados, enemigos entre sí, perdieron el miedo a salir de sus trincheras y llegaron a estrecharse las manos. Acordaron que el día siguiente, el día de Navidad, debía ser un día de tregua, para poder verse de nuevo y enterrar a los muertos. Cada bando ayudó al contrario a cavar tumbas y celebrar ceremonias en memoria de los caídos. Un capellán escocés, que sabía alemán, hizo una lectura bilingüe de un salmo. Los soldados intercambiaron comida, regalos y botones del uniforme, para guardarlos de recuerdo. La jornada terminó con un partido de fútbol.

“*Nadie quería seguir con la guerra*”, asegura un conocido historiador. Pero los superiores sí, y amenazaron con castigar a quien desobedeciese. Por desgracia, con el año nuevo, ambos bandos reanudaron la actividad bélica. Pero, en sus cartas y diarios,

los soldados reflejaron el grato recuerdo de la tregua: *“fue maravilloso y extraño al mismo tiempo”*, escribió un combatiente alemán.

En nuestros tiempos son necesarias muchas treguas de Navidad: en Ucrania, en la franja de Gaza y en tantas guerras de las que nadie habla, pero que son igualmente lacerantes. En el Antiguo Testamento, el profeta Isaías, hablando de los tiempos del Mesías, nos dice que serán tiempos en los que las espadas se convertirán en arados y las lanzas en podaderas. Es decir, el Mesías vendrá a traernos la paz. No en vano, Isaías llama al Mesías el “Príncipe de la paz”. Esas profecías se han cumplido en Jesucristo, que, en su predicación, llamó bienaventurados a los que trabajan por la paz. Como nos está recordando continuamente el Papa Francisco, la guerra es siempre un fracaso, la violencia no resuelve nada, solo engendra más violencia. El mensaje de la Navidad es un mensaje de paz, de paz en el mundo, de paz en nuestro país, en nuestra ciudad, en nuestras casas y en nuestros corazones.

Otra gran tradición navideña es el árbol de Navidad. Cuando llegan estas fiestas, se colocan abetos de Navidad por todas partes, pero muy pocos conocen el origen cristiano de esta costumbre. Desde antiguo, los árboles siempre han tenido una significación religiosa. En la Alemania del siglo VIII, cuando llegaba el solsticio de invierno se daba culto al roble sagrado del dios del Trueno, el dios “Thor”. Existía la creencia de que, algún año, en el solsticio de invierno, quizá la noche llegaría a vencer al día definitivamente, y el sol no volvería a nacer por el horizonte. Era algo que espantaba a los habitantes de las regiones más sombrías de Sajonia.

Para evitar este hecho indeseado, en el roble, considerado un árbol sagrado, se hacían sacrificios humanos para aplacar la ira del dios “Thor”. Pasado el invierno, venía la primavera, por lo que se pensaba que el sacrificio humano había sido eficaz, de manera que lo repetían todos los años.

Cuando el monje San Bonifacio fue enviado por el Papa a evangelizar Alemania quedó profundamente escandalizado por esta costumbre de sacrificar personas, normalmente niños, en el roble sagrado de Thor. El tétrico ritual se practicaba coincidiendo con la Navidad cristiana. San Bonifacio pensó que la Navidad tenía que servir para salvar a aquellas pobres víctimas inocentes. En lugar del suntuoso roble, San Bonifacio se fijó en un humilde abeto, que consideró cargado de significación religiosa. En efecto, el abeto es como una lanza que apunta al cielo. Además, es un árbol perenne, como la vida eterna a la que están llamados los cristianos. Los demás árboles del bosque mudan sus hojas en otoño, pero el abeto las conserva siempre. Su color verde perenne es símbolo de vida y de esperanza.

En las ramas de un abeto cubierto de nieve, San Bonifacio colocó manzanas y luces de velas. Se trataba de un gesto catequético. En un mundo frío y oscuro, no redimido, marcado por el pecado, - y todo esto representado en la manzana de Adán y Eva-, resplandece la luz del nacimiento de Cristo. Así como el primer pecado de la humanidad se cometió en un árbol, ahora, en otro árbol, se representa la redención de Cristo, que nace humilde en Belén. En la punta del abeto, San Bonifacio colocó la estrella de los Magos, ya que Cristo es esa luz que ha venido a iluminar el camino de nuestra vida.

Gracias a esta catequesis plástica de San Bonifacio, poco a poco, los vikingos abandonaron los sacrificios humanos a Thor y adoptaron la costumbre de cortar abetos, llevarlos a sus casas y decorarlos como había hecho el monje anglosajón. De nuevo aquí, se muestra el misterio de la Navidad, como un misterio capaz de humanizar culturas y de promover la dignidad humana.

Queridos amigos: estos días vamos a repetir miles de veces “feliz Navidad”. Lo diremos de palabra y saludando a nuestro interlocutor, lo diremos por escrito, con nuestras tarjetas de Navidad, que están desapareciendo en nuestro mundo digital, y lo diremos, quizá muchas más veces, a través de las redes sociales. La Navidad no está reñida con la tecnología. La Navidad tiene esta capacidad de adaptarse a todas las culturas y a todos los tiempos.

Pero pensemos en lo que decimos al felicitarnos la Navidad. Generalmente, pensamos en una felicidad exterior, que tiene mucho que ver con el placer, el bienestar, y quizá también con el consumismo. Esta Navidad exterior, del turrón, el cava y los regalos caros, contrasta con la primera Navidad, que se celebró en una gran pobreza. No olvidemos la tremenda epopeya de la Sagrada Familia de Nazaret.

Aparece el edicto del Emperador de Roma, que obligaba a todos sus súbditos a ir a empadronarse al lugar donde habían nacido. El Emperador quería saber exactamente cuántos súbditos tenía para financiar sus campañas militares con sus impuestos. José y María estaban en Nazaret cuando el niño estaba a punto de nacer, y ahora tienen que hacer un largo viaje hasta Belén, donde José había nacido. Se trataba de cuatro o cinco jornadas a pie, por caminos duros y peligrosos.

Al llegar a Belén, José seguramente pensó que sería acogido por alguno de sus familiares, pero nadie le recibe. Ni siquiera había sitio para ellos en la posada del pueblo, atestada de peregrinos. Los habitantes de Belén, sin saberlo, le cerraron las puertas al Mesías. María y José se instalan entonces a las afueras, en la periferia, en un establo maloliente, y allí nació el Hijo de Dios. Es curioso, en la más absoluta pobreza brota la alegría, y en tantos lugares de nuestro mundo, en los que sobreabunda la riqueza, falta la paz y la armonía más elemental. La felicidad no parece estar simplemente en la abundancia de bienes materiales. Tenemos mucho que aprender de aquella primera Navidad.

Una vez nacido el Hijo de Dios, María y José estaban solos, pero Dios, enseguida, les buscó compañía. Y no la encontró en el Palacio de Herodes, ni en el Palacio de los Sumos Sacerdotes, sino en la gente más sencilla de aquella época: los pastores. Aquella noche, los pastores, considerados ciudadanos de segunda, fueron los primeros y los únicos en enterarse de la gran noticia: había nacido el Mesías.

La Navidad es para los pobres. No podemos olvidar que el alto coste de la vida asfixia a más de tres millones de hogares en España, y que uno de cada diez trabajadores de nuestro país son pobres. Para paliar esta necesidad, Cáritas ha puesto en marcha una campaña que lleva por título: “Tú tienes mucho que ver”. Es cierto, todos tenemos mucho que ver porque hay una Navidad que no vemos, la Navidad de los que lo están pasando peor, mientras a nosotros nos sobran tantas cosas, que adquirimos como necesidades artificiales. Seamos generosos. La Navidad son días para compartir: alimentos, juguetes, pero sobre todo tiempo y generosidad. No nos olvidemos de nuestros mayores, de los ancianos que viven solos, estemos pendientes de los que no encuentran un sentido a su vida.

En la biografía del gran compositor Jorge Federico Haendel se cuenta que pasó por un periodo de una profunda depresión. Recluido en una pequeña buhardilla de Londres, era incapaz de componer una sola nota. Aplastado por la desesperación, e incluso pensando en el suicidio, decidió salir de su aislamiento y dar un paseo por las calles heladas de la capital del Támesis. Al pasar cerca de una casa, oyó una voz de soprano que le sobrecogió. La voz femenina era melódica y aterciopelada, y la melodía era de una belleza sublime. Haendel se detuvo extasiado a escuchar. Pronto descubrió que se

trataba de una canción judía, que hablaba de un Mesías que vendría al mundo para llenarlo de luz, de vida y de sentido. La canción fue inspiradora, inmediatamente Haendel regresó a su pequeño apartamento y, en poco más de un mes, compuso su famoso oratorio “El Mesías”, una de las obras maestras de la música clásica.

Seguramente, en esta Navidad, escucharemos muchas veces alguno de los fragmentos de “El Mesías” de Haendel. No olvidemos cuál fue la fuente de inspiración. El nacimiento del Hijo de Dios tiene una virtualidad capaz de sacarnos de nuestra pereza, de nuestro egoísmo, de nuestra somnolencia espiritual. Que la Navidad haga brotar de nosotros nuestras mejores energías de entrega, de creatividad, de generosidad con el prójimo y de atención a los más pobres. Pongamos, cada uno, nuestros talentos al servicio de los demás. Cada uno desde nuestros ámbitos, luchemos por una sociedad cada día más justa, libre y fraterna. Hoy como ayer, el Mesías viene a liberarnos. Me vienen a la mente las palabras de nuestro insigne Manuel Azaña: *“la libertad no hace felices a los hombres, los hace, sencillamente, hombres”*.

Queridos amigos: esta es la fuerza que tiene la Navidad, por eso no dejemos que nos la roben. Estas fiestas que vamos a celebrar son mucho más que el solsticio de invierno, no son un añadido a la lotería de Navidad o a la degustación de mantecados y mazapanes. No nos quedemos en la epidermis de la Navidad, que solo nos ofrece una alegría pasajera. Vayamos a su núcleo más profundo. Digamos como aquellos pastores, que recibieron el anuncio del ángel: *“vayamos, pues, a Belén, y veamos lo que ha sucedido”* (Lc 2,15). Entonces, nuestro corazón se llenará de una inmensa alegría, que nada ni nadie nos podrá quitar. Muchas gracias.